

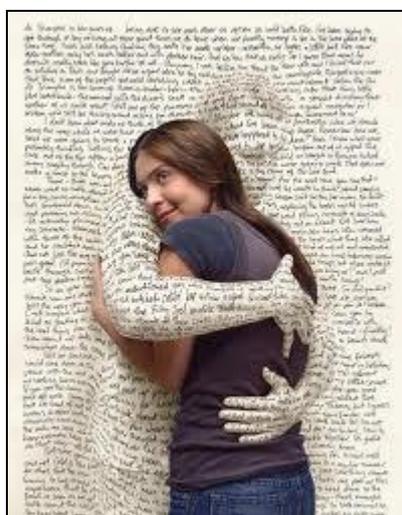
# MARRAMBLAS

Y

# FARRAGUAS

Ayuntamiento de Navarrevisca

2013



**Adrián Duque Pons**

Ana García García    Víctor Hernández    Verónica Burgos

Javier Cenamor    Rafael León del Río    Raquel Jiménez Montero

**Virginia Hernández Paz**

Marcos Hernández Hernández    Jorge Herrera Infante

Raquel Martín Rivas    Patricia Martín Rivas

**José Sánchez Calvo**

**1 euro**

Un jurado compuesto por Marina Cobo, Juan Ignacio Gallardo, M<sup>a</sup> Dolores Gallego, José Manuel de la Paz Hernández, Roberto Sánchez y Fernando Sánchez decidió, tras varias deliberaciones, el viernes 16 de agosto de 2013 a las 21:00, que los autores ganadores del III Certamen literario de escritura rápida "Marramblas y Farraguas" fueran los siguientes:

**1º Premio: *Me quito el sombrero, de Adrián Duque Pons***

**2º Premio: *Mi regreso, de Virginia Hernández Paz***

**3º Premio: *Soledad, de José Sánchez Calvo***

Mención especial en categoría infantil:

***La gran pesadilla, de Ana García***



***Mi regreso***

Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso. La tripulación trataba de calmar al pasaje diciendo: “Tranquilícense, es sólo por seguridad”. Pero al divisar las pistas de Barajas, con coches de bomberos por todas partes, cualquiera le creía a esa señorita con voz y cara angelical. Tenía la misma mirada que yo, y su frase no era más que parte de la locución que la compañía les había grabado a fuego en caso de complicaciones. Nunca antes había tenido un vuelto tan movido, pero desde que despegamos de Charles de Gaulle no cesaron las turbulencias. En ese instante, en el que se preparaba el tren de aterrizaje, las imágenes de mi vida se me amontonaron.

Por un lado, la imagen de mi madre diciéndome: “Hijo, no seas tacaño y no vengas en Ryanair, yo te pago el billete si hace falta”. Iluso de mí, seguí su consejo y ahí estaba, en mi ansiado vuelo de vuelta a casa de Air France, después de un año trabajando en París. Estaba sintiendo la velocidad en mi asiento, viendo la pista de aterrizaje sin saber qué iba a pasar después. Por otro, las imágenes de mi aventura francesa. El año más duro de mi vida iba a terminar con un final de película de ciencia ficción, pero ¿tenía que ser de éstas sin final feliz? Me había mudado a otro país persiguiendo la chica de mis sueños pensando que todo sería miel sobre hojuelas. No había nada que perder, los dos éramos empleados de la empresa más grande de España, con vistas a abandonarla también en breve. Los cuatro meses que nos quedaban de paro a los dos, sin esperanza de encontrar nada decente, nos animó a probar suerte cruzando los Pirineos. Pero al poco de llegar, mi princesa me salió rana y me dejó plantado en un país sobre el que no tenía ni idea, con un trabajo de lavaplatos y sin más amigos que los que me llevaba de España por Skype. Mi única conexión con Francia se llamaba Cynthia y se había esfumado (la euforia de volver a tu sitio, supongo). En Madrid éramos almas gemelas. En París seguí siendo una media naranja pero no la de Cynthia. Lloré como nunca había llorado aprovechando que mi padre estaba lejos y no me podía decir con voz autoritaria eso de que a la vida hay que echarle coj... Trataba de pensar en mi madre y en sus palabras de aliento entre algún sollozo. Así,

dispuesto a no volver con el rabo entre las piernas viví en soledad durante algún tiempo. Empecé a relacionarme con españoles que, como yo, se habían ido buscando mejor suerte. El coste de un curso de francés y los gastos de alquiler no me dejaban más que llegar a fin de mes. Pero la luz fue saliendo poco a poco. Mantuve mi trabajo en el McDonald's hasta que superé "el nivel medio de francés" que acreditaba mi currículum. Me fui reponiendo y Cynthia aunque no desapareció, cada vez se quedaba menos tiempo dándome conversación a mis pensamientos. Entonces conocí a la persona más importante de mi vida: yo mismo.

Afortunadamente, aterrizamos. Algún que otro salto, suspiro, grito y llanto de bebé pero sanos y salvos. Bajé del avión con cierto mareo y aunque nos tuvieron en un área de descanso reconociéndonos, mi nivel de ansiedad no era alto y pude salir pronto a recoger mi maleta. Al cruzar la puerta estaba mi madre. Precisa como siempre, su rostro irradiaba la luz que tanto había añorado. La abracé como si no lo hubiera hecho antes pensando que era el colofón a un año difícil. Me miró. Vi cómo se dio cuenta de que su "niño" había cambiado. Quizás era más fuerte o sólo el shock del tormentoso viaje. Yo, sin estar convencido de nada la agarré fuerte y la dije: "Tranquila, he vuelto".

**Virginia Hernández Paz**

**Soledad**

Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso. Todos los días en mi camino al colegio pasaba al lado de su ventana. Siempre lo veía encerrado en esos cinco metros cuadrados de su habitación. A veces estaba sentado, tranquilo, mirando hacia todos los lados y a veces andaba de un lado para otro recorriendo su habitación en todas las direcciones. Pocas veces se asomaba a la ventana y cuando se asomaba se quedaba fijamente mirando a la gente que pasaba. Cara de pocos amigos, seria, ojos profundos, aspecto de hombre rudo y áspero que con solo mirarle te hacía temblar.

Yo no comprendía por qué ese hombre estaba siempre en su habitación a cualquier hora que pasara por allí, qué extraño motivo le llevaba a estar siempre encerrado. Había alumnos del colegio que al pasar por su ventana lo insultaban. Él, entonces, se dirigía rápidamente a la ventana enfadado, hablando en un lenguaje que yo no entendía. La verdad, me asustaba bastante. Siempre pasaba con una cierta tensión por ese sitio, a pesar de que la ventana tenía una fuerte reja.

Una tarde, a la vuelta del colegio, un grupo de chavales tiraron trozos de goma de borrar dentro de la habitación del hombre y algún trozo le impactó en la cara. Enfadado se dirigió a los chavales como recriminándoles su acción con palabras bastante incomprensibles, se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Un niño cogió una piedra y la estrelló en la cabeza del hombre. Éste, con increíble rapidez sacó los brazos por la ventana y agarró al niño de los hombros con fuerza, intentaron liberarlo de él pero no podían, hasta que pasó por allí un hombre que ayudó a separar esos brazos fuertes y ásperos del cuerpo del niño.

Desde esa tarde el miedo al pasar por allí subió de intensidad y la mirada del hombre era aún más dura y agresiva. Un día paseando por la calle al doblar una esquina mi cuerpo se paró en seco, un profundo escalofrío me recorrió. Era él. Lo tenía a dos metros, frente a frente, mis piernas se agarrotaron, sin poder dar un solo paso. Yo iba con un chupa-chups en la

mano. El hombre estiró la suya y se acercó aún más a mí. Sin darme cuenta empecé a temblar. Tenía unas orejas grandes y la cara alargada, su barbilla imponente. Sin saber qué hacer alargué la mano en la que tenía el chupa-chups y él lo cogió, lo miró, se lo llevó a la boca, lo chupó varias veces y al cabo de unos segundos me lo devolvió. Siguió su camino por la acera, me miró y le salió una sonrisa, como de agradecimiento. Después siguió su camino con paso firme, tranquilo y silbando por la calle. Desde aquel momento mi paso por esa ventana fue diferente.

Hoy en día lo sigo viendo algunas veces, más envejecido. Su mirada es cariñosa, su paso firme y tranquilo. El último día que me crucé con él iba comiendo un chupa-chups y cruzó la puerta del manicomio de la ciudad. Allí dentro, cada día, espera sus dos horas de libertad.

**José Sánchez Calvo**

## **La ventana**

“Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso”. Una frase aparentemente simple, incluso puede parecer vacía en significado, pero que a los ojos de quien escribe encierra dos grandes facetas del ser humano, dos fuerzas antagónicas que nos acompañan a lo largo de nuestra vida, dos caras de una misma moneda que definen nuestra personalidad: el miedo y el afán de superación.

La ventana es ese elemento transparente y frágil que ocupa el papel central de la frase y no es por casualidad. La ventana sirve para delimitar el interior de nuestro hogar del exterior, nos permite ver a través de ellas y nos protegen del frío, de las inclemencias del tiempo y de los extraños.

Desde el interior de nuestras casas solemos construir una imagen del mundo basándonos en la información que percibimos a través de la ventana. Por ejemplo, ¿cuál es la forma más común de saber si el hombre del tiempo, o la aplicación de tu teléfono, tienen razón cuando dicen que va a llover? Asomarnos por la ventana y mirar si el cielo está nublado o el suelo mojado. De hecho, si vemos que llueve a cántaros, a veces podemos sentirnos tan abrigados por el cobijo que nos ofrece ese cristal, que decidimos quedarnos en casa quejándonos de que el tiempo ha arruinado nuestros planes. Porque, ¿quién va a poner en peligro sus zapatos con este tiempo?

Ahora bien, cuando decidimos que algo parecía más peligroso desde el otro lado optamos por una actitud distinta. Hablar de “otro” lado implica conocer el interior y el exterior de la ventana, es decir, supone buscar y encontrar una puerta, abrirla y dar ese paso hacia afuera, y ahí observar el otro lado desde más cerca y sin ningún tipo de barrera que nos separe. Además, “parecía más peligroso” puede interpretarse como descubrir que ese objeto frágil, neutro y al mismo tiempo protector estaba actuando como una lupa que aumentaba los peligros (incluso creando algunos que no existían) reduciendo nuestras capacidades para poder afrontarlos. Podríamos asimilarlo al esclavo que echaba la vista atrás a la caverna platónica, pero resulta más claro seguir con el ejemplo anterior. Así, esa lluvia que nos podría parecer un temporal horrible que iba a poner en peligro nuestra tarde de domingo, con un buen chubasquero y el calzado adecuado, podría convertirse en una ocasión única de ver un fenómeno único en la naturaleza: un arco iris colorido, imperceptible desde la ventana.

Situarse junto a la ventana puede interpretarse de una manera más amplia como una respuesta cómoda ante nuestros miedos. En este sentido, solemos quejarnos de lo infelices que estamos en nuestro trabajo, de lo que nos aburren nuestras rutinas, de lo que nos molestan esos kilos de más, o de lo que llueve en la calle. Pero siempre hay otra opción, y en esta líneas he resaltado que si observamos que a todos nos da miedo ver la realidad que hay detrás del cristal, lo aceptamos y nos ilusionamos que somos capaces de disfrutarlo, siempre hay una puerta al lado de la ventana, esperándonos para que descubramos un mundo mucho más grandioso y espectacular de lo que podíamos imaginar desde nuestra silla junto a la ventana.

**Javier Cenamor**

## ***Un prejuicio sin sentido***

“Al otro lado de la ventana parecía más peligroso”. Era una frase que años atrás, le daba vueltas hasta el punto de volverme loco. Me refería al mundo, en general. Nunca me había llevado bien con él, y tampoco había tenido la necesidad de hacerlo. Pero ahora que me pongo a recordar esos años con mi mujer Ágata y mis dos hijos, me doy cuenta de lo estúpido que había sido en ese entonces. Mi vida tomó el rumbo correcto el día menos esperado del año 2011.

La tormenta acababa de desatarse. A través de la ventana veía las gotas de lluvia que caían sin cesar. Estaba solo, en mi habitación, como de costumbre. Nunca salía de mi casa porque el mundo me parecía un lugar oscuro y cruel. Me pasaba las horas con la cabeza sobre la ventana, escuchando música con mi iPhone. En mi habitación abundaban pósteres de Keith Richards o Andy Biersack. Quizá todo ello me apartaba de mi soledad o me distraía para no aburrirme. Ese día, sin embargo, me pareció eterno como ningún otro. Ver caer la lluvia era sin duda lo más aburrido del mundo. Cerré los ojos y me quedé dormido. Pero nada más empezar a conciliar el sueño, sonó el teléfono. Con cautela, salí de mi habitación y me dirigí al salón, donde se encontraba el aparato. Apenas podía oír la voz de mis padres, quienes se habían ido sin decirme nada. Cuando colgué el teléfono, me caí de espaldas en el sofá. Mi padre me había dicho que mi tío Braulio había emprendido el rumbo a la montaña y debido a la lluvia se había perdido. Pretendía que yo fuera en su busca para llevarle de nuevo a casa. No podía hacerlo, no quería salir de mi casa, pero a la vez no quería que mi tío se quedara en la montaña. No sabía qué hacer. Me levanté del sofá, porque sabía que ahí no iba a hacer nada, y cogí el chubasquero. No sabía muy bien lo que estaba haciendo hasta que salí de mi casa y emprendí rumbo hacia la montaña. La montaña se encontraba a varios kilómetros del pueblo y era imposible subir debido a la lluvia. Cuando más perdido estaba, un coche surgió de la lluvia y paró delante de mí. El conductor era un hombre al que reconocí como el amigo de mi tío que siempre visitaba. Algo desconfiado, subí al coche en los asientos traseros. A mi lado había una chica muy guapa llamada Ágata. Ambos iban a buscar a mi tío en la montaña. Las gotas de la lluvia dificultaban el trayecto así como el viento. Aun así, me puse a pensar: ¿por qué si el mundo es peligroso,

aquellos dos me llevaban en coche hacia la montaña? Sumido en mi pregunta, llegamos a la ladera de la montaña donde mi tío luchaba inútilmente contra la lluvia. Los tres le ayudamos a entrar en el coche, donde el padre de Ágata le reanimó con algunas provisiones de comida, pues mi tío estaba desfallecido. Los cuatro llegamos al pueblo sin problemas, y la tormenta empezaba a amainarse. Los amigos de Ágata acudieron al lugar en cuanto se enteraron de lo ocurrido. Entre todos curaron y reanimaron a mi tío, quien aún estaba débil.

Pasaron los días y ellos eran lo que me iban a buscar para ir con ellos a jugar. También Ágata me iba a buscar. Entonces comprendí que el mundo no era un lugar peligroso y que había estado equivocado desde el principio. Ahora ya no viviría en la soledad de mi habitación, ni en la oscuridad de mis propios temores.

**Jorge Herrera Infante**

## **Huir de los que mandan**

Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso. Rob, el pastor alemán de nuestro vecino Benjamin, siempre me había transmitido el mayor de los respetos. Por su figura y talante, era bello y poderoso. Entrenado como perro guardián, cumplía su función a la perfección. Su amo, Benjamín, era su único acompañante. Mejor dicho: él, Rob, era el único acompañante del doctor Klauss.

Benjamin Klauss era el médico de la zona. Él y mi familia vivíamos en los alrededores del pueblo, en dos casitas pequeñas de piedra y madera con rasgos antiguos y con extenso campo a cada uno de los lados de la misma. Mi familia, mineros de profesión, éramos los únicos que interaccionábamos con el doctor fuera del ámbito laboral. Mi padre, recientemente fallecido, me contó que el doctor había sido una persona poco social a lo largo de su vida y que solo dedicaba a tratar y a ayudar a los demás, aunque con él siempre había sido más cercano por la amistad que los unía.

Desaparecido de la vida social, Rob se convirtió en su único compañero. En los últimos meses, redujo sus horas de visita de ocho a cuatro diarias. Su casa ya no era el consultorio más visitado, superado por el del joven Mel.

Un día de primavera fui a verlo. Tenía los brazos y las piernas hinchadas y me recetó ciertos medicamentos para ello.

Cuando terminó la sesión, me atreví a preguntarle:

- Doctor, quiero ser como usted: médico. No quiero ser minero. ¿Puede ayudarme?

Klauss me miró sorprendido, pero su rostro mostró alegría:

- Me gusta la idea de que el hijo de Carl me proponga la idea de seguir mi camino, pero me gustaría saber por qué razón es así.
- Mi padre murió joven por culpa de un trabajo excesivo y tan mal pagado como maltratado por los que realmente mandan. Quiero huir de la patraña a la que nos tienen sumidos los que realmente tienen el poder.

- Me sorprende tu actitud, pero me ha gustado tu respuesta, hijo. Si es lo que deseas, te ayudaré a intentar buscar en tus habilidades lo que mejor sepas hacer en la medicina. Y, como en cierta manera creo que piensas, te ayudaré a que seas capaz de dejarte la piel por tu profesión, pero también por los tuyos, porque lo primero no sirve de más si no cuidas lo segundo.
- ¿Por ejemplo?
- Por ejemplo, mi casa. Convertí mi felicidad en mi obsesión laboral, cuidando de unos y otros, menos de los que realmente importaban. Tienes que buscar una vida de la que no quieras que se acabe nunca y de lo que nadie te venda lo contrario. Sobre todo, aquellos que mandan y venden humo como si fuera la única salida como profesión y necesidad.
- Por eso quiero que usted me ayude. Adiós, doctor.
- Adiós, Bob.

**Marcos Hernández Hernández**

## **Una aventura en bicicleta**

“Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso”. Esto fue lo que una vecina dijo a mi amiga tras lo sucedido hace ya más de veinte años, cuando regresó a su casa sana y salva.

Resulta que mi amiga tiene dos pueblos, y a día de hoy ya se ha decantado por uno de ellos. Sin embargo, cuando era niña le gustaba ir a los dos. Por eso un día, sin pensar en las consecuencias, actuó de forma impulsiva.

Llegó a casa de sus abuelos, preguntó por sus padres (para que le llevaran al otro pueblo) y su abuela le contó que ya se habrían ido. Sin pensarlo dos veces, mi amiga cogió su bicicleta, aquella con la que nunca hasta ese día había conseguido subir las cuestas, y avisó a su abuela de que se iba al otro pueblo. Una vecina, que estaba asomada a la ventana, puso el grito en el cielo:

- ¿Cómo le dejas ir? Es muy peligroso.
- No te preocupes – dijo su abuela-. No sube ni la cuesta de ahí arriba.

Y no le dio más importancia pues pensó que era una forma de hablar de su nieta. Sin embargo, cuando vio que tardaba en regresar a casa, la pobre mujer se asustó mucho y todo el mundo empezó a buscar a su nieta. Nadie podía imaginarse que una niña de seis a siete años se atreviese a recorrer sola más de quince kilómetros por una carretera. Pero así fue. Subió aquellas cuestas que nunca antes había conseguido, giró curvas a la derecha y a la izquierda, cruzó puentes y gargantas... Recorrió aquel trayecto que tantas veces había realizado en coche y que nunca le había parecido tan largo como ese día. Aun así, por suerte, logró llegar sana y salva a su destino.

Os puedo asegurar que mi amiga en aquel momento no pensaba que estuviese haciendo nada malo. Al contrario, tan solo quería cumplir su promesa a sus amigas: “Mañana vendré a jugar con vosotras”. Y así lo hizo. Si hubiese sido consciente del disgusto que se llevaría su familia y especialmente su abuela, estoy segura de que no se habría ido en bicicleta.

No dudo en afirmar estos sentimientos pues la amiga de la que hablo soy yo.

## ***Esta vez era diferente***

Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso. Eso pensaba siempre al ver sus grabaciones.

Tras sus reportajes en Afganistán, Corea o Camboya. Después de grabar revueltas en Egipto, Túnez o china; cargas policiales en Barcelona, Londres o París; desalojos en Madrid o Valencia; avalanchas durante la última visita del Papa; ejecuciones, ataques de tiburones y tigres.

Había tenido entrevistas con líderes de la mafia, guerrillas y grupos terroristas.

Había presenciado redadas en Nueva Cork, Chicago o Munich; tifones, maremotos, tornados y huracanes, incendios y riadas. Pero esta vez era diferente. Esta vez, accidentalmente durante sus vacaciones, había grabado algo que no había visto, que no había sentido.

Había grabado la sorpresa, el pánico de los pasajeros que un segundo antes charlaban, reían, dormitaban, seguros de llegar a su destino.

Esta vez había grabado las caras de pavor de su mujer y su hijo cuando salían despedidos hacia delante y chocaban contra otros pasajeros.

Esta vez era la última vez. Esta vez era diferente.

**Rafael León del Río**

## **Nadie te prepara para esto**

Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso. Y es que luego, al final, tampoco es para tanto. No muerde (de momento), te dices. Esto no puede ser tan difícil, te animas. Pero cuando llega el ansiado momento en el que ya estáis sólo los tres en amorosa compañía, entonces, sí, justo ahí, te entra el miedo escénico. Te dan ganas de llevarlo de vuelta y pedir de rodillas que te lo guarden un par de días más. Y es en ese momento cuando te das cuenta de que nadie te prepara para esto. Te has estado preparando tú, sí, pero sólo en teoría. Durante meses almacenas datos, anécdotas, curiosidades y experiencias ajenas como si estuvieras estudiando una oposición. Te preguntan una cifra, la sabes, cómo no. Te piden tu opinión entre elegir una u otra opción, tienes clarísima cuál es tu postura. Sin embargo, para lo que no estás preparada es para la avalancha de emociones que te van a asaltar a partir de ese momento. No te imaginabas, por ejemplo, ese nudo constante en la garganta y esas inexplicables ganas de llorar por todo. ¿De verdad me está pasando esto a mí? Pero, esto es... ¡un milagro! Y no entiendes que el resto del mundo lo vea como algo tan normal y corriente... No existe en tu memoria sentimiento previo que se asemeje a ese terror que se apodera de todo tu ser a las dos de la madrugada y que te impulsa a salir corriendo en pijama y abrigo a las urgencias más cercanas. Nunca antes habías apreciado con tanta intensidad noventa minutos seguidos de sueño. O el placer que se experimenta con una cabezadita a las doce de la mañana tras una noche de idas y venidas por toda la casa. Qué frustración tan grande sientes cuando, en la boda de tu prima, el indiscreto de turno te felicita, señalando tu aún no recuperada figura, por haber decidido ir ya a por la parejita... Ese cansancio...extremo, diría yo, que ríete tú de los concursantes de cualquier reality de aventuras en la selva, y que se soluciona con un pegote de anteojeras y un café bien cargado para afrontar el día que sigue. Es indescriptible esa sensación de vacío que te invade el primer día que le tienes que dejar en otras manos porque el deber te llama... Y, sobre todas las cosas, nadie podrá borrar nunca de tu corazón esa sensación de orgullo, alegría y satisfacción plena que hincha todo tu cuerpo cuando escuchas por primera vez esas cuatro letras que se unen de forma titubeante y forman esa gloriosa palabra: ...mamá...NO, nadie te prepara para esto, pero qué bello es vivirlo.

**Verónica Burgos Caballero**

## ***La gran pesadilla***

Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso. Había lobos, felinos furiosos y cosas muy raras que era incapaz de reconocer, pero tuvimos que pasar por ahí. Después de pasar por aquellos animales, fuimos por un lago de sangre y esqueletos. Estábamos pasando cuando los esqueletos cobraron vida. Fuimos corriendo pero en el otro lado nos tapaban el paso unos elefantes gigantes no por los árboles hasta una cueva. Teníamos un problema: que no teníamos nada de comer. Salió un amigo a buscar comida. Pasaron horas y horas y no volvió. Fuimos los cuatro a buscar a Rubén. Lo encontramos con arañazos y mordiscos por todas partes. Eso significaba sólo una cosa: que había algo fuera que nos quería cazar. Pasaron días y eso parecía un laberinto. Nunca llegamos a ver la luz del sol, sólo oscuridad. Estuvimos caminando y nos encontramos con mi perro Álex, que nos llevó a casa.

Abrí los ojos. Era una gran pesadilla.

**Ana García García**

## **La crónica de las dos caras**

Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso. Me acababa de levantar y por la ventana vi a tres militares que parecían fascistas en la Plaza Central. En realidad no eran fascistas, sino republicanos. Aterrorizado de verlos con sus trajes verdes y sus metralletas me acerqué a la plaza. Allí uno de los militares alzó la voz y se presentó como el sargento Sarmiento. Éste ordenó que todos los hombres de quince a sesenta y cinco años deberían ir a luchar al frente para defender a una España republicana, libre y multicolor.

El sargento Sarmiento nos dejó una hora para recoger nuestras ropas y demás enseres. Al cabo de una hora nos recogieron en camiones. Al meternos en el interior del camión tuve el presentimiento de que nunca volvería a ver a mi mujer y mis hijos. De hecho nunca los volví a ver. El camión por dentro era oscuro y de pequeñas dimensiones y estábamos apretujados, rozándonos unos a otros nuestras pieles. Llegamos a nuestro destino. Estábamos cansados del viaje. Nada más llegar nos hicieron comer y cargar pesos de treinta kilos para que a la hora de la batalla fuéramos más ágiles en nuestros movimientos.

Pasaron los días y después del duro entrenamiento, más de uno que antes estaba gordo se había quedado escuchimizado. Llegó el día de la batalla. Llegaron los fascistas al campo de entrenamiento donde estábamos. Comenzó la batalla en el bosque de Navarredonda, lleno de pinos. Los fascistas parecían de mantequilla, nos los cargábamos como hormigas y cada vez les hacíamos retroceder más. Cuando llegamos al Valle de la Azucena no quedaba ni uno y empezamos a abrazarnos entre nosotros pensando que habíamos ganado la batalla. Pero esto no fue así porque al cabo de cinco minutos de celebrarlo aparecieron cinco aviones en el cielo que empezaron a dispararnos. Todos salimos corriendo pero toda la compañía murió menos yo.

Conseguí escapar y me escondí dentro del bosque esperando poder escapar. Al cabo de un rato apareció un soldado rebelde y con mis propias manos lo estrangulé. Cogí su ropa, me vestí con ella y a partir de ese momento me convertí en fascista. Ganamos la guerra y me convertí en un hombre rico pero a la vez podrido dentro de mí porque en verdad siempre seré republicano. En ese caso pienso que el fin justifica los medios. Por eso mentí toda mi vida. Por eso, hijos, espero que me comprendáis y que seáis felices.

**Víctor Hernández Hernández**

## **Un viaje alucinante**

Era un paisaje de impresión, totalmente diferente a lo que me imaginaba. Todo se veía más pobre que España, mucho más. Las casas, el terreno y las ruinas, un poco destruidas a causa de los terremotos. Fui con mi hermana hasta allí, hasta tan lejos, para conocer nuevas culturas, alimentaciones... Y para tener unas buenas vacaciones. No haríamos muchas cosas hasta ese día, cerca de esa ciudad donde ocurrió todo. Fuimos hasta un pueblo en el que alquilamos un hostel. Por la tarde quisimos investigar.

Nos adentramos en un bosque perdido. Todo estaba lleno de hierbajos. Había muchas cuevas y mi hermana, ya que había estudiado espeleología, quiso entrar un rato a la más grande para ver si había algo interesante que investigar. Al entrar, la ferocidad de los pictogramas se pudo sentir en el ambiente. Todos esos dibujos eran espeluznantes. Todos con escenas de caza. Todos y cada uno de ellos con contenidos sangrientos. En realidad, para nosotras no era nada del otro mundo, ya que mi hermana hacía investigaciones sobre estos temas a menudo y me enseñaba sus trabajos con el propósito de que aprendiera un poco sobre su futuro trabajo.

Tomó algunas fotos y decidimos ir a buscar algo diferente. Después de un tiempo caminando, no nos pudimos imaginar que al final de ese pequeño bosque, apareceríamos ante algo tan bonito como el mar. Ese paisaje barrancoso nos puso la piel de gallina. En la zona de la derecha de la playa se podía distinguir un cúmulo de basura. Un viejo velero de hierro oxidado invadía gran parte de esos residuos. Había palos y cuerdas, suficientes para conseguir una gran tienda de campaña.

Mientras mi hermana la construía, yo intenté conseguir algo interesante con el viejo velero. Con las cuerdas que iban sobrando, cubría las zonas de óxido que había en el barco. También unía palos y troncos gruesos y los entrelazaba con los tablones de madera que se encontraban en el suelo. Machaqué algas y las mezclé con agua para conseguir pintura verde y darle un poco de color y vida al navío.

La tienda de campaña que había construido tenía dos hamacas que mi hermana había hecho con dos cuerdas y dos sábanas encontradas en el suelo. Allí podíamos dormir. La vivienda estaba decorada con hojas y ramas y algas, cocos y rocas. No nos importaría vivir unos días en ese lugar.

Fuimos al hostel, anulamos la reserva, cogimos las maletas y regresamos al mar. Dormimos allí tres noches, cerrando con troncos la puerta para que nadie nos asaltara y, cuando menos lo pensamos, se nos ocurrió la mejor idea: mi padre era marinero y alguna vez nos había pedido que le acompañáramos a sus aventuras por la mar. Nos había enseñado a manejar un barco. Entonces, decidimos que en vez de regresar a nuestro país en avión, regresaríamos, en honor a nuestro padre, en ese velero que tanto apreciábamos y con el que realizaríamos UN VIAJE ALUCINANTE.

## Alma de destraleja

Lleva una destraleja como colgante, siempre, brillando a unos centímetros del mentón, arribita, con la cuerda bien corta —cuerda negra, roída, cómoda— y cuenta historias a los niños sobre a quién le ha hecho qué con aquella arma diminuta. Los niños no se creen ni media, porque el armita parece inofensiva (y aun así ninguno se envalentona y la toca), y porque saben que aquella mujer no mataría ni a una mosca. La destraleja está bien afilada —¡y vaya que sí!— y ella no se la quita ni para dormir: mar y lágrimas para llegar a tales niveles de maestría. Recuerda la vez en que más cerca había estado de perder la vida: la cicatriz en su cuello le impide olvidarlo. No sabe cuántos años tenía cuando ocurrió: sólo recuerda a su madre gritando; las ásperas sábanas teñidas de rojo; el vaivén incontrolable de sus párpados. La cicatriz es una marca de por vida del amor de su mamá, un recuerdo imborrable del amor a su mamá. Los niños ansían tocar aquella cicatriz y sentir así una fría ráfaga al pasar la piel cerca. Los adultos miran con asco o pena o algo la marca imborrable, porque los años han llenado sus almitas con cicatrices penosas y asqueadas, e imborrables o algo.

Se compró la destraleja con el dinero que le había ido robando a su mamá de a poquitos, de los vueltos de los recados, de los descuidos del bolso abierto. La idea se forjó en su mente con el paso de los meses: desde que los demás niños estiraron y ella no pudo más que achaparrarse, las burlas también se estiraron y su ánimo, por supuesto, se achaparró. Entonces, como no podía luchar con sus palabras, y mucho menos con sus puños, le compró el armita a un tendero ambulante que siempre merodeaba por el barrio y le contó a su mamá que se la había encontrado en el suelo o en la boca de un perro. A partir de ese momento, nunca le tuvo miedo a nadie, porque la destraleja había acribillado el espíritu del miedo. Por eso es su amuleto.

No puede evitar beber: lo hace por inercia, por aburrimiento y porque sí, y no teme que la roben porque no tienen nada y no teme que la dañen porque siente que el brillo de la destraleja atemoriza a las Malas Intenciones. Se paga la bebida con el dinero de las pláticas y los ruegos y de las chocolatinas que vende en el autobús, en la calle, en el viento. Cuenta historias alentadoras a las personitas que se cruzan en su camino: cada día una nueva, por aquello de no aburrirse. Las onomatopeyas invaden su vocabulario y se le enredan con la campanilla con una involuntariedad entrañabilísima; por eso la gente probablemente la cree, pero seguramente no, y aun así tiende a sentir lastimilla y siempre alguien suelta platita o comida.

Vive de la caridad y de la basura y siente lástima por la gente con traje, con horarios, y está convencida de que aquellos que la miran sin deferencia nunca han sentido la libertad de no saber qué plan hay para mañana; la libertad del riesgo; la libertad de no tener dinero; la libertad del alma de destraleja; la Libertad.

## 1º PREMIO DE ESCRITURA RÁPIDA “MARRAMBLAS Y FARRAGUAS” 2013

### *Me quito el sombrero*

Al otro lado de la ventana, parecía más peligroso. Vivo tras esa ventana y sus cristales opacos de espejo que contienen el reflejo de un alma perdida en un millón de recuerdos que, con miedo a que se escapen de mi cabeza, cada día intento retenerlos con un sombrero que me tapa la luz en los ojos de una bombilla fundida del pasado en esta habitación desnuda, oscura y fría.

En mi sombrero encuentro recuerdos de esta habitación iluminada por tus ojos, cálida por tus besos, donde lo único desnudo eran nuestras pieles, tu piel que ya no está, la mía ahora cubierta por este manto de oscuridad.

Hoy es el momento de cambiar esa bombilla que sin luz me cegaba, de abrir esa ventana cuyo cristal me reflejaba.

Hoy me quito el sombrero que me ataba a mis recuerdos y lo guardo donde el viento no pueda arrastrarlo.

Hoy salto por mi ventana de nuevo al peligro en busca de tus besos.

**Adrián Duque Pons**